

El día

Mario Carvajal de la Fuente



Capítulo 1

El día

José se levanta a la misma hora todos los días gracias al despertador. Esa mañana arrojó el reloj por la ventana, un quinto piso, después de quitarse las colchas de encima. Orinó en el excusado, como todos los días, y tuvo un ataque de tos que no pudo controlar. Después de asearse y cambiarse, se colocó una chaqueta encima y bajo por el elevador, encontrándose con una de sus vecinas, Julia, a quien jamás le había hablado días anteriores pero conocía toda su información. La mujer lo saludó con una sonrisa que se decida a personas del diario y dio dos pasos atrás, pegándose a la pared metálica que daba un reflejo distorsionado de ella. José sonreía y no le quitaba la mirada de encima, él sabía que nadie entraría al elevador, también sabía que ella no gritaría ni tomaría su teléfono para marcar pidiendo ayuda. La puerta se abrió y Julia suspiro de alivio. José caminó despacio, encendió un cigarro y echo el humo por la boca, paseándose por la planta baja del edificio como si estuviera en un parque. El portero le hizo una seña a lo lejos. José escupió al piso y siguió echando bocanadas. El portero se acercó y le señalo el letrero de prohibido fumar seguido de una reprimenda. José apagó el cigarro en la camisa del hombre, oscureciéndole la zona y traspasando la camisa. El hombre gritó y maldijo. José le propinó un puñetazo en la nariz. El portero gimió y limpio la sangre de su cara.

-¿Qué coño?

José le pegó con la planta del pie en el pecho, tirando al hombre de espaldas y haciendo que golpeará su nuca. Una pareja de mediana edad bajaba las escaleras y corrió a socorrer al portero y encarar a José.

-¿Pero qué te piensas, estúpido?

José alzó la pierna y golpeo los testículos del hombre. La mujer gritó y llamó a otra persona que entraba, esta llamó de inmediato a la policía. Cuando la esposa fue a atender a su marido, José le bofeteo. La policía encontró al autor de los hechos sentado en un sillón, fumando un cigarro y comiendo una barra de cereal que la mujer llevaba en el bolso. Lo arrestaron de inmediato, José atacó al par de policías. Estos usaron la fuerza y lo redujeron a golpes. Encerraron a José en una celda con otras dos personas, en lo que se establecía la sentencia. Con quienes compartía la celda, uno dormía y el otro, con mirada curiosa, lo miró por largo rato y al final preguntó:

-¿Por qué estás aquí?

José alzó los hombros y mostro las palmas.

-Nunca había estado en la cárcel.

El sueño se perdió como cada mañana, sin poder recordarlo. Apagó el despertador de un manotazo, esa vez se puso unos pantalones y playera y bajó por las escaleras del edificio. En la puerta saludó al portero con un apretón de manos afectuoso. Paso sus manos sobándose por los brazos, pensando que debió bajarse una chamarra. Un niño paseaba a su perro en una zona verde, José se levantó y camino al niño. Este tropezó y antes que golpear el suelo el hombre lo tomó, como si supiera lo que ocurriría y lo ayudó a pararse. Acarició la cabeza del perro y caminó por la calle con las manos en los bolsillos y los brazos pegados al cuerpo, buscando calor. Se sentó en una mesa dentro de una cafetería y vio a la gente pasar por la ventana. Las personas iban y venían, era un martes por la mañana y todos se transportaban a su trabajo. Pidió un café y vio a la chica, pelo largo y castaño con pecas en los pómulos. Su nariz era algo torcida, pero lo compensaban unos grandes ojos color avellana. Había hablado con ella una veintena de veces, todas sin ningún resultado. En un par de ocasiones obtuvo su número e incluso una cita, pero nunca llegó a realizarse. Ese día decidió quedarse en el asiento, bebiendo el café caliente y ver el frío mundo desde dentro. Contó con sus dedos, gesticulaba y movía las manos en el aire, en una especie de soliloquio mudo. Hizo en los últimos días tantas cosas y siempre volvía al mismo punto, la vida era un círculo. No funciona su plan del día pasado. Se preguntaba si viviría de esa manera por siempre. Tantos intentos que no llevaban a nada. Solo quedaba una cosa, que tenía tiempo en su cabeza. Una idea que desde el interior de su ser fue emergiendo a la superficie a medida que pasaban los días. José hizo muchas cosas poco éticas, incluso antisociales en ese lapso, pero nada como aquello. Recordó lo de la chica del elevador, terminó muerto de miedo, asustado, pero al final no hubo consecuencia. Lo había intentado con el perro del niño, lo llevo a las afueras de la ciudad y en medio de un cerro le introdujo un picahielo por el hoyo de la oreja. Pasó el resto del día meditando, pensando en el acto.

La alarma sonó, José la arrojó contra una pared. El reloj se deshizo al choque, volando decenas de piezas pequeñas. Desayuno con calma en su departamento, calentó los restos de pizza de la noche pasada. Si pudiera decir la cantidad de veces que ha comido esa misma pizza la gente soltaría una carcajada. Se vistió, recordando usar una chaqueta. Salió de su hogar recordando que tenía que hacerlo, tenía que hacer todas las pruebas.

-Hola, José-dijo Edmundo al abrir la puerta. Un hombre en la quinta década, retirado y soltero-. ¿Puedo ayudarte? Que extraño que te pases a esta hora.

José rascó su nuca.

-Lo sé, la verdad me han salido unos problemas que me están inquietando mucho. No tengo a quien contárselos. Me preguntaba si tendrías tiempo para una charla y una cerveza.

Edmundo abrió la puerta en su totalidad y dejó pasar a José, del refrigerador tomó un par de cervezas.

-Espero no sea nada grave, José- dijo mientras destapaba las bebidas-. Pero caray, que vengas a estas horas es de preocupación.

El hombre miro el ventanal y torció la boca.

-¿Te parece si salimos a la terraza? Con este frío se antoja un cigarro en el exterior. Voy por mi abrigo.

José siguió a Edmundo, le miraba la espalda. Pensando si sería el momento oportuno, palpaba el objeto que traía dentro del bolsillo de la chaqueta.

El viento seco llegaba a la nariz de José y enrojecía sus mejillas. Edmundo encendió su cigarro y cerró los ojos con la primera calada, el humo se mezcló con el aire. Se acercó al barandal, mirando la ciudad. Y fue cuando José supo que era el momento. A decir verdad, su cuerpo lo hizo por inercia, tanto fue su pensar que el cuerpo convirtió la idea en instinto, en reacción. El hombre dio dos zancadas, quedando detrás de Edmundo, puso las manos en las ingles del hombre y lo levantó con su peso. Edmundo gritó y trato de zafarse. Cuando José quiso detenerse, el hombre había doblado su cuerpo hacia el exterior y la gravedad hizo lo suyo. José estiró el brazo pero fue demasiado tarde. Edmundo cayó de un séptimo piso. José miró su caída perplejo hasta que el otro desplomó en el piso, escuchó como Edmundo gritaba su nombre en el segundo que duro la caída, pero que pareció horas. La gente no tardó en hacer un circulo alrededor del cadáver, desde la terraza se podía ver como la sangre iba agarrando suelo. Para cuando las personas voltearon arriba, José ya estaba pecho tierra, con los puños apretando su cabello, el corazón a mil y unas tremendas ganas de vomitar. Se levantó y corrió a la puerta, salió azotándola y bajo por las escaleras saltando casi todos los escalones. Tras poner seguro a la entrada de su hogar, se desparramo en el piso, lleno de lágrimas, llorando a moco tendido. Cuando recobró un poco la cordura, se levantó y salió a su balcón. El número de gente había incrementado y el bullicio llegaba hasta la altura donde estaba. Juraba que las personas alzaban la mirada y le reprochaban, pero eran ideas suyas. Basto con sacudir la cabeza y respirar hondo para aplacar esas ideas alucinatorias. Bajar sería un suicidio, en la cabeza le rondaba la idea de que al verlo en la escena del crimen sabrían que fue él. ¿Y qué no el cuerpo de Edmundo estaba lleno de sus huellas digitales? Fue rápido a la cocina, abrió la

puerta de la despensa y tomo una botella de licor. José no era fanático de las bebidas alcohólicas, mucho menos de beber solo, aquella era un viejo regalo de un compañero de trabajo en un cumpleaños. Le quitó el sello y vertió el líquido en un vaso. Lo tomó de un trago, hizo el gesto correspondiente y pegó otro trago directo de la boca de la botella. Un día, se dijo, es solo un día como cualquier otro, en cuanto duerma y amanezca todo volverá a la normalidad. No hay de qué preocuparse. Por lo que José fue a la sala con la botella en mano, dio un sorbo y se sentó en el sillón. Encendió la tele y puso el canal de deportes, un partido de tenis de mujeres que había visto una docena de veces. Miró el intercambio de pelotas con gritos hasta quedar profundamente dormido por quien sabe cuánto tiempo. Lo despertaron pesadillas y el sonido de la puerta, los nudillos tocaban la madera de la puerta como metralla. Durante la nebulosa del sueño pensó que era el siguiente día y un esbozo de sonrisa se formó para luego darse cuenta que solo fue una siesta. La puerta vibraba con la llamada y el sonido de los huesos de la mano contra la superficie de la madera llenaba el departamento. José se encontró con un hombre alto y enchamarrado, con una bufanda azul cubriendo su cuello y boca. Gemía y se sostenía poniendo sus manos sobre las rodillas, parecía que acababa de correr un maratón.

-¡José!-dijo y entró. Quitando al dueño del camino-. Eres José, ¿verdad?

José no tenía idea de la identidad del tipo. Asintió y cerró la puerta. El hombre se quitó la bufanda, la dobló y la dejó sobre el sillón. Tenía una barba rojiza y espesa. Sus ojos eran castaños, casi amarillos. Si no es que así lo eran. Muy extraños para ser cierto. Su piel era demasiado blanca. Y no tenía ninguna arruga o marcas en la piel, su edad era incierta pero de aspecto joven. Jadeaba y respiraba despacio para recuperarse. Cuando se incorporó, se volvió en dirección a José.

-Disculpa. En serio, tarde mucho en darme cuenta y en dar contigo. A veces el sistema no manda alarmas y uno tiene que hacer todo el trabajo. Mañana estará listo.

Como si fuera su casa, fue paseándose por la sala y cocina, admirando los electrodomésticos y pasando las manos por todo lo que le pareciera curioso. Me acerqué.

-¿Mañana?-dije.

El hombre cogió una manzana, la limpió en su chaqueta y le dio una mordida. Unas gotas salpicaron su bigote y mentón. Presionó algunos botones en el microondas, sonriendo como niño. Le hecho un ojo a algunas fotografías en una mesita y a unas figuras de porcelana de colores.

-Estos se llaman alebrijes, ¿cierto, José? Son muy únicos.

José se acercó al hombre, sus ojos amarillos se posaron en él, le llevaba al menos dos cabezas de altura. Cosa rara porque José media casi un metro noventa. El tipo debía medir más de dos metros.

-Decías de mañana.

El hombre chasqueó los dedos y se dio una palmada, como recordando algo que estaba a punto de decir.

-Sí, sí. Mañana todo estará bien para ti. Como te dije tardé en darme cuenta, pero ya corregí el error. Vine para checarte. Es importante informar a los sujetos cuando sucede-llevó una mano a su barbilla-. ¿Cómo decirlo? Un error. Si, un error.

-¿A qué errores te refieres?-José rectificó-. ¿Quién coño eres y por qué sabes mi nombre y dirección?

Pensó en echarlo o salir corriendo, había algo que lo inquietaba. Era diferente lo que ocurría, en los anteriores días nunca pasaba eso. Un error, dijo el hombre. ¿Qué tipo de error? Parecía conocer algo que los demás ignoraban, se paseaba como si viera las cosas por primera vez, como un niño en un lugar nuevo. El tipo le dio la última mordida a la manzana y guardó el hueso en su chaqueta.

-Nosotros le llamamos Deformación de nivel dos. Es cuando tenemos que intervenir físicamente. Me vas a decir que no supusiste a que me refería con el error dado la condición de tus últimos días.

José se quedó callado, con las manos en los bolsillos, esperando que el hombre continuara la explicación. El otro tomo aire.

-En palabras más coloquiales, has vivido el mismo día doscientas cuarenta y cinco veces- arrugo la frente, mostró los dientes e hizo un sonido similar a cuando se fríen las papas-. Completo error de nosotros. El sistema no te detecto, es muy bueno pero como todo tiene sus fallos, hay cosas que pasan por alto, como tú. Apenas hace tres días me di cuenta y corrí a buscarte. ¿Cómo ha marchado tu día, este día?

José se encogió de hombros. Por un momento había olvidado que un par de horas antes había matado a una persona.

-¿Qué pasara después de hoy?-dijo José.

El hombre puso los ojos en blanco, como si la respuesta estuviera

implícita.

-Creí que ya te lo había dicho.

-¿Mañana será otro día al fin? ¿Será diecisiete de enero al fin?

El hombre asintió.

-¿Y lo que hice hoy?

-El último día será el que cuente. Todas las acciones que pasaron ese día quedaran grabadas.

José se jaló de los pelos y camino por la habitación con paso histérico.

-No puede ser. No puedes hacer eso. Hazlo a partir de mañana.

-Imposible-dijo el hombre con firmeza-. Deberías estar feliz, hoy termina la repetición. Tienes una vida por delante. La mayoría lloran de alegría.

-Tu no entiendes-José se acercó al hombre y lo agarro de la chaqueta, esta se arrugo en torno a los dedos de José-. No sabes lo que paso. Por favor, por favor, por favor. Que sea a partir de mañana.

El hombre lo tranquilizo acariciándole la espalda y guiándolo al sillón. Le acercó la botella y José le dio un trago.

-Dime, José. ¿Qué hiciste hoy?

-Maté a un hombre.

José rompió a llorar, no oculto el rostro, dejando ver como las lágrimas le escurrían por las mejillas y los mocos salían por su nariz y resbalaban a la boca. El sujeto se llevó una palma a la frente.

-Por dios, José. ¿Qué estabas pensando? Te ves muy cuerdo para hacer algo así.

-Era la única forma-dijo entre murmullos-. La única forma, la única forma. Lo mate y tú viniste. Viniste porque lo mate, ¿cierto? Oh, carajo. ¿Por qué lo mate? Hubieras venido de todas formas, ¿verdad?

El hombre asintió.

-Estuviste mucho tiempo viviendo las mismas cosas día tras días, es normal que salieras de la rutina e hicieras cosas que normalmente no harías. He visto personas hacer peores cosas. Tras pasar días, semanas o meses. Las cosas pierden su efecto de realidad, dejan de importar. Todo

se vuelve de cartón. De pronto todo está permitido, como en un juego. Eso te paso, ¿cierto? Apuesto que hiciste muchas otras locuras. ¿Por qué no me platicas de ellas?

José se tallaba la frente con fuerza, apuró otro trago y dejó la botella en la mesa, haciendo sonar el golpe.

-Al principio continúe como si nada-dijo después de un rato-. Luego, conforme los días pasaban fui quedándome en casa. Al comienzo era entretenido, hacia lo que quería. Como a las dos semanas supe que estaba atrapado en el mismo día y fue cuando mande todo a la mierda. Deje de ir al trabajo o llegaba tarde, renunciaba, hacía bromas o decía lo que siempre quise decir.

-¿Y que era?

-Mandar a tomar por culo a todos.

El hombre arrugó la barbilla y asintió.

Luego pasaron más días. Aproveché para ver a mis padres, hablaba con personas desconocidas. Trataba de ligar a diferentes chicas. Miles de cosas.

-Tenías todo el tiempo del mundo, José. Y tenías libertad, todas las posibilidades estaban a tu favor.

-Sí, pero aun así. Jode que el día no pase, ¿sabes? todo es exactamente igual. Todos decían las mismas cosas, sus acciones eran las mismas. Yo era el único que alteraba sus rutinas.

-¿Viajaste?

-Oh, claro que sí. Gastaba todos mis ahorros en viajes. Fui a muchos lugares, fui hasta Japón un día para dormir en el otro extremo del mundo. Pensaba que si dormía tan lejos el día pasaría, seria dieciocho de enero esta vez. Pero no. Incluso cuando dormía a miles de kilómetros de mi hogar, despertaba en mi cama. Llegué a aburrirme de viajar. Era cansado y el tiempo era limitado.

-Una pregunta, lamento interrumpir tu discurso. ¿Trataste de quedarte despierto alguna vez?

-Oh-dijo José, soltando una carcajada y golpeándose la rodilla con la palma de la mano-. Por dios que lo hice, varias veces, decenas. El resultado era el mismo. El algún punto quedaba dormido o no sé qué pasaba, que todo se apagaba y lo siguiente que sabía era que la alarma

sonaba y que dormía como bebé.

Ambos permanecieron callados mirando la nada. Pocos minutos después, José se levantó del asiento y de una mesa cercana cogió un paquete de cigarros y un encendedor. Se paseó por la sala dejando una estela de humo azulado en el ambiente. Se detuvo en el ventanal y miró la gente caminar por la calle. La gente que tal vez fue testigo del asesinato de su vecino. Sobó su frente y suspiro.

-Supongo que puedo fumar los que quiera sin consecuencias. Sin cáncer.

El hombre alto se había puesto junto a él. José percató que no tenía olor y que no notó la presencia del hombre al acercarse.

-¿Cómo lo sabes?-dijo. Presiono el cristal con los dedos, dando golpecitos y haciendo vibrar el material. Luego los deslizo hasta el seguro, lo quitó y abrió la ventana. La ventisca movía la cabellera de los hombres. José cerró la ventana de golpe.

-Si me lastimo el día anterior. Amanezco como si nada.

-¿Cómo lo descubriste?

José movió el cigarro con la lengua y habló.

-Caí de un tercer piso y me rompí una pierna. Si te preguntas, me metí a robar a los vecinos de abajo. ¿Qué iba a saber yo que tenían montones de drogas y armas? La pase escondido en un baño al otro lado de la ciudad ese día.

El hombre entrecerró los ojos.

-¿Por qué?

-Tenía miedo de morir-dijo José.

El hombre apartó el humo del cigarro con un movimiento de mano.

-Te faltó experimentarlo. ¿Por qué no lo hiciste?

José dio una larga calada y lo apago presionando el cigarro en el fondo de un cenicero.

-Después de pasar todo lo que pase. De las maneras en que volví al mismo día, supuse era inútil, que estaba condenado hiciera lo que hiciera. Además, siempre me ha dado miedo morir-José hizo una pausa-. ¿Hubiera

muerto o hubiera despertado el dieciocho de enero?

El ser miro largo rato a José, su caja torácica no subía ni bajaba. Podía quedarse tan inmóvil que olvidabas que estaba enfrente de ti, salvo por la mirada de sus ojos extraños, que penetraban hasta el alma. Era una mirada llena de curiosidad, una mirada sin edad.

-Si-dijo por fin-. Hubieras muerto. Fue bueno que no lo hicieras, es más difícil encontrar un cadáver que una persona viva. Me facilitaste la búsqueda, que de por sí era ya exhaustiva.

El hombre hizo una mueca.

-Lo lamento, me encantaría quedarme a charlar, pero estoy tomándome más tiempo del que debería. Acabemos con esto cuando antes...

-Espera-dijo José-. Ni siquiera he entendido que paso. Al menos explícame... y sobre la persona que mate. Déjame vivir hoy de nuevo, por favor.

-¿Sabes? Normalmente cuando hago estas tareas les borro la memoria a las personas que viven Errores. Eso cuando pasan poco tiempo, un par de días, tres cuando mucho. Pero tú llevas más de un año. Las reglas dicen que puede ser desastroso para tu vida y la de los demás. Borrar la memoria no es como piensas, una parte siempre se queda suprimida en una parte recóndita de tu mente. Nada puede quitarla del todo, "la materia no se crea ni se destruye, solo se transforma", como ustedes dicen y es muy cierto. Los felicito por ese descubrimiento. Lo que tú has vivido te perturbará inconscientemente y eso será mucho más desastroso a que si lo tienes presente. Por lo tanto, deberás vivir con ello.

José asintió, quedándose pensativo recargado en el sillón.

-¿Errores? ¿Esto le sucede a mucha gente?

-Pasa cada tanto, son muchas personas, planetas, mundos. Todo va creciendo. El universo se expande, ¿sabes? No porque sea su naturaleza, sino por necesidad. Para no saturarse. Como el Wifi, si tienes muchos dispositivos conectados al mismo tiempo, se entorpece la conexión. Lo mismo con la realidad.

-Errores de la realidad-dijo José, casi balbuceando.

-¿Acaso creías que la realidad no puede equivocarse? Todo lo que hacen los humanos se basa en la realidad, sus software tienen problemas y virus. Así la realidad.

-¿Quieres decir que vivimos en un programa?

-Para nada parecido-el hombre se levantó y acomodó su chaqueta-. Ya dije demasiado, tengo que irme. Solo dame la mano y déjame tocar tu frente.

José se levantó pero escondió las manos en las bolsas del pantalón.

-Quiero respuestas. Esto es increíble, no puedes dejarme así. Mi vida no volverá a ser la misma.

-No tienes opción. Trata de vivir un día a la vez y de no pensar en hoy. Es lo único que te puede decir.

El hombre se acercó y alargó su brazo con la mano expuesta.

-Bórrame la memoria al menos. Hoy mate a un hombre.

-Esas fueron tus decisiones, cada día que paso tú elegías hacer lo que hiciste sin saber que sería el último de la repetición. Afróntalo. Debo decir que cuando me des la mano y toque tu frente dejaras de poder verme. Tu vida continuara como si nada.

-Mierda, otra vez estas diciendo cosas. ¿Siempre están entre nosotros?

-No-dijo el hombre, su voz por primera vez tuvo una emoción, molestia. José retrocedió y calló por unos segundos-. Bajamos cuando hay investigaciones o Errores solamente. Bien, José, fue un gusto. Espero no volver a verte.

-Tengo muchas preguntas-dijo el humano.

-Y nunca te serán reveladas-dijo el desconocido.

Estrecharon las manos y el hombre busco la frente de José y presiono el pulgar contra la piel. José vio unos destellos amarillos y sintió una brisa caliente que le envolvía el cuerpo, luego todo oscureció por un segundo, volviendo a la normalidad después. Los objetos y su sala volvieron a dibujarse y el malestar y el calor pasaron. De nuevo estaba solo con el frio y silencio de la habitación. Fue a su balcón y observo para abajo. Una ambulancia seguro se llevó al hombre y la gente se fue. Ahora pasaban los transeúntes con toda normalidad. José suspiro y fue por otro cigarro, ahora fumar le afectaba. Los arrojó por el balcón, preguntándose miles de cosas que nunca serian respondidas y que jamás podrá hablar con alguien. Se preguntó si, ahora que no tendría vecino, podría olvidarse de él.

